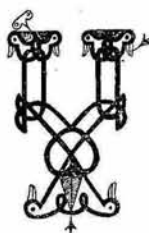


ZAMORA



A no hay más rey que don Sancho.

Dos retazos quedan aún para completar su bandera: Toro y Zamora. Manda a pedir a su hermana doña Elvira el señorío de Toro, y ella se lo cede sin poner inconvenientes.

Sólo queda Zamora, y en Zamora, doña Urraca, de temple y corazón tan fuerte como su plaza.

Don Alfonso en Toledo, en la corte de Alí Maimón, vive bajo el hechizo arábigo de la princesa Zayda, hija del rey de Sevilla. Acaso espera su día y para matar el tiempo, bebe a grandes sorbos el cálido brebaje de los ojos amados.

En todos los jardines, bajo todas las lunas toledanas, sólo se oyen suspiros de amor: "¡Dios mío! Si Zayda fuera cristiana; ¡Alá! Si Alfonso fuera moro." Entre suspiro y suspiro, don Alfonso no se olvida de la política; lleva el veneno en los huesos. Sacando la cabeza de entre los sueños musulmanes, escribe a menudo a su hermana doña Urraca que vive temblando en Zamora. La infanta conoce a don Sancho y sabe que su ambición no se duerme.

V. HUIDOBRO

Don Sancho no suspira: ruge. Piensa que Zamora es un nido de conspiraciones, y además la plaza fuerte le conviene más que cualquier otra de España por su situación geográfica y sus defensas naturales.

Don Sancho quiere obtener Zamora a cualquier precio.

El Cid le aconseja que trate primero de obtenerla por las buenas, aunque conociendo a doña Urraca cree difícil que ésta acepte entregar la ciudad.

Don Sancho parte con sus tropas a Zamora. Lleva un gran ejército y sus mejores equipos. Una vez llegado frente a Zamora, da una vuelta en torno de la ciudad.

¡Ah! La hermosa ciudad, la magnífica fortaleza. Le parece tener a flor de mano el sueño de mil noches. Sólidamente construída sobre roca tallada, recias murallas, torres en abundancia, y como si esto fuera poco, defendida por el Duero, que corre a sus pies. Plaza fuerte inexpugnable, aunque todos los ejércitos del mundo la sitiaran.

—Si mi hermana Urraca me la diera—exclama el rey—, yo la prefería a cualquier otra de España.

En su tienda está don Sancho, meditabundo, con los ojos aún llenos de la visión de piedra y torres hasta el cielo.

Hace llamar al Cid, y cuando éste acude a su llamada, le dice zalamero y afectuoso:

—Rodrigo, yo te he nombrado jefe de toda mi casa, primero entre los primeros; te he dado en mis tierras más de un condado y el mejor de Castilla; en nombre de la amistad que nos une desde la infancia, te pido que vayas a Zamora y trates con mi hermana que me entregue la ciudad por haber o por cambio. Decidle que le daré en trueque a elegir entre Medina de Rioseco, Villalpando,

Valladolid y Tiedra con sus tierras. Decidle que si no consiente se la tomaré por la fuerza.

—Señor, bien me va vuestra embajada; mucho tiempo viví en Zamora con doña Urraca en casa de Arias Gonzalo, que hacía de ayo de los dos. Embajada de palabra puedo aceptar, mas en caso de guerra no desenvainaré mi espada contra la infanta. Tengo un juramento hecho y os juro que el juramento me ata las manos. Quiera Dios que la infanta acepte vuestra demanda.

—En ti confío.

—En ello pondré mi alma. ¡Ah! Si pudiera evitar esta lucha.

* * *

Al entrar el Cid en Zamora, doña Urraca y su asesor Arias Gonzalo, el íntegro caudillo y jefe de su casa, el buen viejo Arias Gonzalo, le reciben con todo honor y cortesía.

Impuesta de la embajada, la infanta protesta entre lágrimas de cólera:

—Don Sancho, contra la voluntad de nuestro padre, usurpó sus reinos a don García y a don Alfonso, y ahora quiere arrebatarme Zamora. Piensa don Sancho que soy mujer y que no puedo contra él. Tarde o temprano pagará sus tropelías. Que no se olvide del cielo. Ya ves tú, Arias Gonzalo, tú que eres mi segundo padre, yo te dije muchas veces: no hay que confiar en don Sancho.

—Señora—responde Arias Gonzalo—, os pido en merced que no os aflijáis. Reunid vuestros vasallos y exponedles la demanda del rey. Si ellos consienten, entregad la ciudad; si prefieren resistir, moriremos todos defendiéndola como exige nuestro deber de gentilhombres.

V. HUIDOBRO

Al llamado de la infanta llegan sus caballeros, y al oírla, todos a una juran morir hasta el último antes que entregar la ciudad. La infanta se vuelve al Cid:

—Id y decid a mi hermano, que antes moriré yo con los de Zamora, y ellos conmigo, que entregarle la ciudad.

Cuando el Cid vuelve con esta respuesta al campamento del rey, oye detrás de sus pasos los gritos de los vasallos de doña Urraca:

—¡Viva la infanta! ¡Viva Zamora!

Y en el fondo su corazón de hidalgo bate campanas de oro comprendiendo la hidalguía.

Dios del cielo, que así sea siempre en mi España.

Con los ojos endemoniados de ira oye don Sancho la respuesta de su hermana. No habla, ruge con los puños levantados, pletóricos de amenazas:

—Aunque fuera Zamora la ciudadela del mismo infierno, aunque se escondiera entre peñas ardientes y abismos de fuego, he de tomarla. ¡Ah, viejo traidor de Arias Gonzalo; tu cabeza y la de tus cuatro hijos será mi venganza!

—Arias Gonzalo no es traidor—responde el Cid—; su obligación es servir a la infanta. Ojalá todos nuestros servidores os sirvieran siempre como los Arias sirven a doña Urraca.

—Tú te pones contra mí, Rodrigo—brama don Sancho—. No te basta haber declarado que no irás contra Zamora. ¿Quieres sembrar el desaliento entre los míos?

—Yo nunca he hablado de abandonaros. Iré con vos, estaré entre los vuestros, pero no he de pelear contra Zamora.

—Ni tienes para qué quedarte entre los míos. Don Diego Ordóñez de Lara será mi alférez. Capaz serías de

desanimar mis huestes. Acaso tú mismo aconsejaste a los de Zamora no entregarme la ciudad.

—Yo no contesto a tales ofensas. Me retiro.

—Vete. Sí, vete, Rodrigo; y si no fuera porque mi padre te dejó a mí encomendado, te mandaría colgar ahora mismo. Vete y de aquí a nueve días has de salir de todas mis tierras por un año desterrado.

Sereno el Campeador, con la cabeza tan alta que resplandece en el cielo, se aleja y antes responde:

—Vos me desterráis por un año; yo me destierro por cuatro.